

LAS ILUSIONES DE LA PLANIFICACIÓN MUNDIAL

LUDWIG VON MISES*

1. El término «planificación»

Es obvio que en estos tiempos de división internacional del trabajo, por una parte, y de intervención gubernamental en la economía, por otra, la ilimitada soberanía de cada nación debe llevar al nacionalismo económico y, mediante él, al conflicto. Nadie osa negar que el nacionalismo económico y la paz son incompatibles. En todos los proyectos de establecimiento de un orden más satisfactorio se incluyen siempre propuestas para sustituir los permanentes antagonismos del nacionalismo económico por algún género de cooperación internacional. La más popular de estas propuestas se llama planificación mundial o internacional. La planificación es la receta mágica de nuestro tiempo. La gente está convencida de que curará todos los males de la vida nacional e internacional. El prestigio del eslogan «planificación» es tan grande que su mera mención parece ser ya una solución de todos los problemas económicos.

Al tratar de los asuntos internos, la planificación se usa como sinónima de socialismo. A veces sólo se llama así al modelo alemán de socialismo —la *Zwangswirtschaft*—, reservando el término «socialismo» propiamente dicho al modelo ruso. En todo caso, planificación significa siempre planificación por parte de autoridades gubernamentales y ejecución de los planes por órdenes del gobierno acompañadas de fuerza coercitiva. La planificación es la antítesis de la libertad de empresa y de la propiedad privada de los medios de producción. La planificación y el capitalismo son absolutamente incompatibles. En un sistema de economía planificada la producción obedece a órdenes del gobierno, no a planes de capitalistas deseosos de obtener beneficios satisfaciendo las necesidades de los consumidores.

* *Gobierno Omnipotente*, Capítulo XI, Unión Editorial, 2002.

Es una ilusión creer que se pueden conciliar la planificación y la libertad de empresa. Entre estos dos métodos no cabe ninguna transacción. Donde las diversas empresas gozan de libertad de decidir qué producir y cómo producirlo, hay capitalismo. Donde, en cambio, la dirección corre a cargo de las autoridades, hay planificación socialista. En esta última no hay ya empresas capitalistas, pues las que había se transformaron en órganos estatales que han de cumplir órdenes. El antiguo empresario se convierte en un gerente como el *Betriebsführer* de la Alemania nazi.

La idea de una planificación por parte de grupos organizados de los distintos sectores de la producción es muy popular entre algunos hombres de negocios, pues equivaldría a sustituir la libertad de empresa y la competencia por cárteles obligatorios y prescindiría del capitalismo poniendo en su lugar el sindicalismo de empresa, que sería como una réplica del medieval sistema de gremios. No traería el socialismo, sino un monopolio general con sus nefastas consecuencias. Dificultaría la oferta y pondría serios obstáculos en el camino del progreso técnico. No preservaría la libertad de empresa, sino que pondría en una privilegiada posición a quienes ahora poseen fábricas en funcionamiento, protegiéndolas contra la competencia de buenos productores nuevos. Significaría una parcial abdicación del Estado para beneficiar a pequeños grupos de ricos.

Respecto a los asuntos internacionales, la palabra planificación significa a veces socialismo mundial con una gestión mundial unitaria. Pero más a menudo significa la sustitución del intervencionismo independiente de cada gobierno nacional por un intervencionismo común de todos o muchos de los gobiernos. Más adelante nos ocuparemos de ambos conceptos.

Pero antes de empezar el examen económico de los problemas en cuestión, conviene hacer unas cuantas observaciones respecto a las raíces psicológicas de la popularidad de la idea de planificación.

2. El complejo de dictadura

El hombre nace asocial y antisocial. El recién nacido es un salvaje. Su característica es el egoísmo. Sólo la experiencia de la vida y las

enseñanzas de sus padres, sus hermanos, sus hermanas y sus compañeros de juegos, y posteriormente de otras personas, le obligan a reconocer las ventajas de la cooperación social y le hacen cambiar de conducta. El salvaje se vuelve así hacia la civilización y la vida de ciudadano. Aprende que su voluntad no es omnipotente, que tiene que adaptarse a otros y ajustar sus actos al ambiente social, y que las aspiraciones y los actos de otras personas son hechos que debe tener en cuenta.

Al psicópata le falta esta capacidad de adaptación al ambiente. Es un asocial y no llega nunca a adaptarse a los hechos. Pero, le guste o no, la realidad se impone. Y como eliminar la voluntad y los actos de sus semejantes y borrar todo lo que tiene delante no está a su alcance, se dedica a soñar despierto. El débil a quien le faltan fuerzas para seguir viviendo en la realidad se entrega a sueños de dictadura y de dominio sobre todos los demás. El país de sus sueños es el país en que él es el único que decide, el país en que él es el único que da órdenes y los demás obedecen. En este paraíso no sucede más que lo que él quiere que suceda y todo es sensato y razonable, es decir, todo corresponde exactamente a sus ideas y deseos, todo es razonable según el punto de vista de su razón.

En el secreto de estos sueños con los ojos abiertos el psicótico se asigna a sí mismo el papel de dictador: él es César. Cuando se dirige a sus conciudadanos debe ser más modesto. Describe una dictadura ejercida por otro, pero el dictador de quien habla no es más que su sustituto, un lugarteniente suyo que actúa sólo como él quiere. Un soñador que no tomara esta cauta preocupación y se propusiera a sí mismo para el puesto de dictador correría el peligro de que le tomaran por loco. Los psiquiatras llamarían megalomanía a su locura.

Nadie ha recomendado jamás una dictadura que se propusiera otros fines que los aprobados por él mismo. Quien propugna la dictadura aboga siempre por el imperio absoluto de su propia voluntad, aunque ejercida mediante un intermediario, un amanuense. Quiere un dictador a su imagen y semejanza.

Ahora podremos comprender las causas de la popularidad de la planificación. Todo lo que el hombre hace debe ser planificado, es la realización de sus planes. Pero quienes denigran la producción anárquica y propugnan la economía planificada desean

eliminar los planes de todos los demás. Sólo una voluntad debe tener derecho a imponerse, sólo un plan debe ser llevado a la práctica: el plan aprobado por el psicópata, el plan razonable, el único. Todos los obstáculos deben desaparecer, la fuerza de los demás hay que anularla, nada debe impedir que el lamentable psicópata arregle el mundo según sus caprichos. Todos los medios que contribuyen a aupar al trono la razón del soñador son buenos.

La unánime aprobación de la planificación por nuestros contemporáneos es sólo aparente. Quienes sostienen la planificación no están de acuerdo en lo que respecta a sus planes. No están de acuerdo más que para rechazar los planes de otros.

Muchas falacias populares referentes al socialismo son debidas a la errónea creencia de que todos los amigos del socialismo propugnan el mismo sistema. En realidad, cada socialista quiere su propio socialismo, no el de otros, y discute a los demás socialistas el derecho a llamarse socialistas. A los ojos de Stalin, los mencheviques y los trotskistas no son socialistas sino traidores, y viceversa. Los marxistas llaman a los nazis lacayos del capitalismo; los nazis llaman a los marxistas lacayos del capitalismo judío. Cuando un hombre habla de socialismo o de planificación, piensa siempre en su propia clase de socialismo, en su propio plan. La planificación no significa, pues, preparación para cooperar pacíficamente. Significa conflicto.

3. Un Estado mundial

La creación de un estado mundial supranacional es una vieja idea de los pacifistas.

Sin embargo, para mantener la paz no se necesita un gobierno mundial si prevalecen en todas partes la democracia y la economía de mercado sin trabas. Bajo el libre capitalismo y el libre cambio no hacen falta disposiciones especiales ni instituciones internacionales para preservar la paz. Donde no se discrimina contra los extranjeros, donde todo el mundo goza de libertad para vivir y trabajar donde quiera, no hay ya causas de guerra.

Podemos conceder a los socialistas que lo mismo se puede decir de un Estado socialista mundial, siempre que los dirigentes no

discriminen contra ninguna raza, grupo lingüístico o religión. Pero si, por el contrario, se aplica la discriminación, nadie puede impedir que haya guerras mientras los perjudicados crean ser lo bastante fuertes para vencer.

Todo lo que se habla de establecer una autoridad mundial para impedir, mediante una fuerza policial mundial, los conflictos armados, es en vano si los grupos o naciones favorecidos no están dispuestos a renunciar a sus privilegios. Si estos privilegios han de subsistir, un Estado mundial no puede ser concebido más que como un despótico dominio de las naciones privilegiadas sobre las carentes de privilegios. Una comunidad democrática de naciones libres es incompatible con todo género de discriminaciones contra grandes grupos.

Un parlamento mundial elegido por sufragio universal e igual de todos los adultos no aprobaría, indudablemente, las barreras aduaneras y migratorias. Es absurdo suponer que los pueblos de Asia estarían dispuestos a tolerar leyes contra la inmigración de Australia y de Nueva Zelanda, ni que las naciones predominantemente industriales de Europa fueran a estar conformes con una política proteccionista de los países productores de materias primas y de géneros alimenticios.

No hay que dejarse engañar por el hecho de que grupos minoritarios hayan conseguido, en algunos países, privilegios a expensas de la mayoría. Este fenómeno lo hemos estudiado ya suficientemente. Supongamos ahora que lo intrincado del problema de las consecuencias económicas del proteccionismo confundiera a los legisladores internacionales de tal modo que a los representantes de los perjudicados por las barreras comerciales se les convenciera engañosamente para retirar su oposición. No es muy probable, pero podría suceder. Y es seguro que en un parlamento mundial en el que los representantes de los perjudicados por las barreras migratorias formaran una compacta mayoría no consentirían que se mantuvieran de forma permanente. Esta es la dura realidad que hace ilusorios los ambiciosos planes de un Estado mundial democrático o de una federación mundial. En las presentes circunstancias es utópico entregarse a esos proyectos.

Hemos indicado ya que el mantenimiento de las barreras migratorias contra las naciones totalitarias que aspiran a la conquista del

mundo es indispensable para la defensa política y militar. Se cometería, sin embargo, un error si se afirmara que todas las barreras migratorias son, en las presentes circunstancias, fruto del descarriado y egoísta interés de clase de los trabajadores. Con todo, frente a la doctrina marxista del imperialismo, aceptada hoy casi generalmente, es necesario recalcar que los capitalistas y los empresarios no tienen, en su condición de patronos, ningún interés en establecer barreras inmigratorias. Aunque aceptáramos la falaz doctrina de que las ganancias y el interés deben su existencia a que los empresarios y los capitalistas privan al obrero de parte de lo que en justicia se le debería pagar, es evidente que ni a corto ni a largo plazo tienen interés por medidas que elevan artificialmente los salarios nacionales. El capital no es más partidario de las barreras inmigratorias que la *Sozialpolitik*, cuya ineludible salida es el proteccionismo. Si los intereses egoístas de los grandes negocios predominaran en el mundo, como nos dicen los marxistas, no habría barreras comerciales. Los propietarios de las fábricas más eficientes no están interesados —bajo la libertad económica interior— en que se les proteja. Y si no fuera como compensación por la subida de los excesivos costes laborales, no pedirían el establecimiento de derechos a la importación.

Mientras haya barreras migratorias, el nivel de salarios del mercado laboral interno es más alto en los países en que las condiciones físicas de producción son más favorables —como, por ejemplo, en los Estados Unidos— que en países que ofrecen condiciones menos favorables. En los países que impiden la inmigración obrera no se da la tendencia hacia la igualación de salarios. Bajo el libre cambio combinado con barreras a la inmigración, prevalecería en los Estados Unidos una tendencia hacia la expansión de los sectores en que los salarios constituyen una parte relativamente pequeña del coste de producción. Los sectores que requieren relativamente más mano de obra (por ejemplo, el sector de las prendas de vestir) se reducirían. La consiguiente importación no traería pérdidas ni paro, pues serían compensadas por un aumento de la exportación de artículos que pueden ser producidos ventajosamente en el país y subirían el nivel de vida en los Estados Unidos y en el extranjero. Mientras algunas empresas se ven amenazadas por el libre cambio, la masa de la industria y la nación no sufren ningún perjuicio.

El principal argumento en favor del proteccionismo norteamericano, el de que para mantener el alto nivel de vida del país se necesita la protección, es falso. Los tipos salariales norteamericanos están protegidos por las leyes inmigratorias.

La legislación favorable a los trabajadores y las tácticas sindicales dan por resultado una subida de los salarios por encima del nivel asegurado por las leyes inmigratorias. Las ganancias sociales obtenidas mediante estos métodos no son más que aparentes. Si no hay aranceles protectores, se traducen bien en una caída de los tipos salariales o bien en paro, pues la capacidad competitiva de las industrias nacionales se debilita y las ventas se reducen correlativamente. Si hay un arancel protector, hacen aumentar los precios de aquellos bienes que, a causa del aumento de los costes de producción internos, necesitan ser protegidos. Los trabajadores sufren así en su condición de consumidores.

Quienes tienen dinero que invertir no sufrirían si a las industrias nacionales se les negara protección. Gozan de libertad para invertirlo en países en que las condiciones parecen brindar las mayores probabilidades de beneficio. La protección no favorece sino a los intereses del capital invertido ya en algunos sectores de la industria.

La mejor prueba de que los grandes negocios no obtienen ninguna ventaja de la protección nos la ofrece el hecho de que las empresas más grandes tienen fábricas en varios países. Tal es precisamente, en esta época de superproteccionismo, el rasgo característico de las grandes empresas¹. Sin embargo, les sería más provechoso (y claro está que al mismo tiempo sería más ventajoso para los consumidores) concentrar toda su producción en fábricas situadas donde las condiciones son más favorables.

La verdadera barrera contra el pleno uso de las fuerzas productivas no es, como dicen los marxistas, el capital o el capitalismo, sino la política (calificada por Marx de «pequeño-burguesa»)

¹ Por ejemplo, los fabricantes de automóviles o los grandes productores de petróleo, margarina y jabón. Los fabricantes norteamericanos de automóviles no propugnan el proteccionismo. La única organización que tuvo en Alemania el valor de luchar abiertamente contra el programa proteccionista de los partidos nacionalistas fue la Asociación de Fabricantes de Bienes de Equipo.

diseñada para reformar y controlar el capitalismo. Una política que, por otra parte, conduce al nacionalismo económico y substituye la cooperación pacífica bajo la división internacional del trabajo por el conflicto internacional.

4. La producción planificada

Las sugerencias más realistas de una planificación mundial no implican el establecimiento de un Estado mundial con un parlamento mundial. Proponen acuerdos y reglamentos internacionales referentes a la producción, al comercio exterior, a la moneda y al crédito, y finalmente préstamos e inversiones exteriores.

Los planificadores describen a veces sus propuestas como medidas para combatir la pobreza y la indigencia. Pero esta descripción es ambigua. Todas las medidas económicas se conciben como remedio de la pobreza. También el *laissez faire* es un método para abolirla, y tanto la historia como la teoría económica han demostrado que ha tenido más éxito que ninguna otra política. También los japoneses trataron de mejorar la suerte de las masas japonesas cuando intentaron incrementar su exportación vendiendo más barato que nadie. Si el nacionalismo económico de otros países no hubiera frustrado sus esfuerzos, no sólo habrían logrado lo que perseguían, sino que al mismo tiempo habrían elevado el nivel de vida de los países importadores vendiéndoles productos más baratos.

Es necesario recalcar que no tratamos aquí de planes de caridad internacional. Se aliviarían muchos sufrimientos si algunos países estuvieran dispuestos a ayudar a las masas hambrientas de los países pobres suministrándoles gratuitamente víveres y ropa. Pero estas acciones quedan fuera del campo de las consideraciones estrictamente económicas. Son modos de consumo, no de producción de bienes.

Podemos examinar primero las propuestas hechas para regular —mediante convenios internacionales entre varios gobiernos o por orden de una autoridad internacional establecida con ese fin— la producción de varios artículos.

En el mercado libre los guías y reguladores de la producción son los precios. Los bienes se producen cuando pueden ser

producidos con ganancia y no se producen cuando la producción entraña una pérdida. Una industria lucrativa tiende a ampliarse, mientras que la que no produce beneficios tiende a reducirse. Una industria no es lucrativa cuando los precios que el productor puede obtener por sus productos no cubren el coste de los materiales y de la mano de obra requeridos para su producción. Son, pues, los consumidores quienes, comprando o dejando de comprar, determinan cuánto se debe producir en cada sector industrial. La cantidad de trigo producido está determinada por el precio que los consumidores están dispuestos a pagar. Un aumento de la producción más allá de esos límites significaría que los factores de la producción (trabajo y capital) que, conforme a la demanda de los consumidores, se necesitan para producir otros artículos, se desviarían para satisfacer necesidades que a los consumidores les parecen menos urgentes. En el capitalismo sin trabas prevalece siempre la tendencia a fijar la cantidad de producción en cada campo en un nivel en que el productor o los productores marginales, es decir, aquellos que trabajan en las condiciones menos favorables, no ganen ni pierdan.

En tales condiciones, una norma que estableciera la expansión de la producción de un artículo no tendría objeto si el gobierno o la autoridad internacional no subvencionara a los productores marginales para indemnizarles de las pérdidas que sufrirían. Pero esto traería como consecuencia la correspondiente restricción de la producción de otros artículos. Los factores de la producción se retirarían de otros sectores para ampliar la industria subvencionada. Los consumidores, que como contribuyentes proporcionan los medios necesarios para la subvención, se verían obligados a restringir su consumo, adquirirían una menor cantidad de productos que desearían obtener en mayor cantidad, y tendrían la oportunidad de adquirir mayor cantidad de otros artículos cuya demanda sería menos intensa. La intervención del gobierno no se ajustaría a sus deseos individuales, y en el fondo no podrían pensar que su situación fuera mejor.

No está en manos de los gobiernos el aumentar la oferta de un artículo sin restringir correlativamente la de otros requeridos con más urgencia por los consumidores. La autoridad sólo puede reducir el precio de un artículo subiendo los precios de otros.

Hay, desde luego, cientos de millones de personas que estarían dispuestas a consumir más trigo, azúcar, caucho, o estaño, si sus precios fueran más bajos. Cuando bajan los precios aumenta la venta de todos los artículos. Pero la intervención gubernamental no podría abaratar esos artículos sin encarecer otros, por ejemplo, la carne, la lana o la pasta de papel. El aumento general de la producción sólo se puede obtener mejorando la técnica, acumulando capital adicional y usando mejor todos los factores de la producción. Ninguna planificación —sea nacional, sea internacional— puede dar lugar a un descenso general de los precios reales ni aliviar las quejas de aquellos para quienes los precios son demasiado altos.

Pero la mayoría de quienes propician la planificación internacional no tienen la menor intención de abaratar las materias primas ni los géneros alimenticios. Al contrario. En lo que piensan es en subir los precios y en restringir la oferta. Se las prometen muy felices con la política mediante la cual varios gobiernos han intentado —especialmente en los últimos veinte años— poner en práctica restricciones y aumento de precios para beneficio de grupos especiales de productores y para desventaja de los consumidores. Ciertamente que algunos de estos planes funcionaron durante algún tiempo para caer después, pero otros no funcionaron en ningún momento, lo que, a juicio de los planificadores, se debió a defectos en la ejecución técnica. Todos los proyectos de planificación económica de la postguerra cuentan con la esperanza de poder mejorar los métodos para que en el futuro puedan funcionar.

El peligro está en que, mientras que el gobierno es incapaz de abaratar un bien mediante su intervención en la economía, tiene en cambio el poder para encarecerlo. Los gobiernos tienen facultades para crear monopolios y para obligar a los consumidores a pagar precios de monopolio, facultades de las que se sirven con harta frecuencia.

En el campo de las relaciones económicas internacionales no podría suceder nada más desastroso que la realización de tales planes. Dividiría a los países en dos grupos, el explotador y el explotado, los que restringirían la producción e impondrían precios de monopolio, y los obligados a pagarlos. Engendraría insolubles conflictos de intereses y traería inevitablemente nuevas guerras.

Los defensores de estos planes tratan de justificarlos señalando que las condiciones son muy insatisfactorias para los productores de materias primas y de géneros alimenticios. Insisten en que en estos sectores hay superproducción y que los precios son tan bajos que los productores pierden dinero. Sus planes aspiran a proporcionar a la producción la capacidad de generar beneficios.

Cierto que buena parte de la producción de estos bienes no es rentable. La tendencia hacia la autarquía hace que a los países industriales les resulte más difícil vender sus productos acabados en el extranjero, y, en consecuencia, tienen que restringir sus compras de géneros alimenticios y de materias primas. De ahí la necesidad de restringir la producción de estos bienes y de que los productores submarginales desaparezcan. Es ciertamente una desgracia para ellos, pero los culpables son únicamente los políticos de sus países por sus medidas superproteccionistas. La única manera de aumentar las ventas de café y de que los precios suban en un mercado sin monopolio consiste en comprar más productos en los países donde el consumo de café aumentaría si aumentaran sus exportaciones. Pero los grupos de presión de los productores rechazan esta solución y buscan precios de monopolio. Quieren sustituir con planes monopolizadores el funcionamiento de un mercado sin trabas, donde la restricción de la producción de materias primas y de víveres, inevitable por la política proteccionista de los países productores, se realizaría de forma automática mediante la eliminación de los productores submarginales, es decir, de aquellos que no ganan con los precios de mercado. Pero los gobiernos quieren restringirla mucho más para establecer precios de monopolio.

Se dice a menudo que el mecanismo del mercado capitalista no funciona en las condiciones actuales. Los productores marginales, dicen, no abandonan el negocio, sino que continúan produciendo, con lo que los precios bajan a un nivel en que ningún productor gana. La consecuencia es que se necesita una intervención del gobierno.

El hecho es cierto; pero su interpretación y las conclusiones que de ella se derivan son totalmente erróneas. La razón de que los productores submarginales no cesen de producir está en que confían en que intervendrá el gobierno para que su actividad sea de

nuevo lucrativa. Siguen produciendo, con lo que saturan el mercado de tal manera que los precios no cubren ya ni siquiera los costes de otros productores. En este como en otros muchos casos, los efectos insatisfactorios de la anterior intervención del gobierno se presentan como argumento a favor de una intervención ulterior. Las exportaciones disminuyen porque se han limitado las importaciones, con lo que también bajan los precios de los productos de exportación; y por tanto se piden nuevas medidas que permitan elevar los precios.

Fijémonos en las condiciones de la agricultura norteamericana. Desde los comienzos del periodo colonial ha habido un continuo desplazamiento del cultivo de tierras menos fértiles al de tierras más fértiles. Siempre ha habido terrenos submarginales cuyo cultivo ha debido abandonarse porque la competencia de agricultores que producían a menor coste hacía que no dieran beneficios. Pero las cosas tomaron un nuevo cariz con el *New Deal*. El gobierno intervino para favorecer a los agricultores submarginales. Todos los agricultores tuvieron que someterse a una restricción proporcional de la producción. El gobierno se embarcó en un vasto plan para restringir la producción, subir los precios y subvencionar a los agricultores. Al intervenir para favorecer especialmente al agricultor submarginal perjudicó a todos los consumidores de víveres y de algodón y a todos los contribuyentes, e impuso al resto de la nación una carga para otorgar subsidios a algunos grupos. De esta manera dividió a la nación en dos clases enfrentadas: la de los subvencionados y la de los subvencionadores, más numerosa. Tal es el inevitable resultado del intervencionismo. El gobierno no puede dar a un grupo más que lo que quita a otro.

Los conflictos internos generados por esta política son realmente muy serios. Pero en la esfera de las relaciones internacionales son incomparablemente más desastrosos. En la medida en que se imponen precios de monopolio a los géneros alimenticios y a las materias primas, las quejas de los países no poseedores (*have nots*) están plenamente justificadas.

Tales son las perspectivas de una planificación internacional o mundial en la esfera de la producción de alimentos y de materias primas. Sería difícil imaginar un programa más preñado de futuros conflictos y guerras.

5. Convenios comerciales con el exterior

En la época del *laissez faire* los tratados de comercio eran considerados como medios para abolir, poco a poco, las barreras comerciales y todas las demás medidas discriminatorias contra los extranjeros. Requisito de los tratados solía ser la cláusula de nación más favorecida.

Luego cambió la situación. Con el predominio del intervencionismo las importaciones se consideraron desastrosas para la prosperidad económica del país. La discriminación contra los extranjeros empezó entonces a ser considerada como una buena manera de promover el bienestar de un país. El significado de los tratados de comercio cambió radicalmente. Los gobiernos se mostraron deseosos de superarse mutuamente en las negociaciones. El valor de un tratado estaba en proporción a lo que dificultaba el comercio de exportación de otro y estimulaba el propio. El trato de nación más favorecida cedió el lugar a la discriminación hostil.

A la larga no podía haber un proteccionismo «moderado». Si a la gente le parece que las importaciones perjudican, no se detendrá en ningún punto en el camino hacia la autarquía. ¿Por qué tolerar un mal cuando parece haber un medio de librarse de él? El proteccionismo había de evolucionar hacia el sistema de licencias y contingentación y hacia el control de cambios de moneda extranjera. El fin último de la política comercial exterior de casi todos los países es hoy impedir la importación, lo que significa autarquía.

Es inútil esperar algo de los cambios puramente técnicos en los métodos aplicados en las negociaciones internacionales respecto a cuestiones de comercio exterior. Si Atlántida está resuelta a cerrar el acceso a telas fabricadas en el extranjero, no importa que sus delegados deban negociar directamente con los delegados de Thule, o que se trate del asunto en un consejo internacional en que están representadas otras naciones. Si Atlántida está dispuesta a admitir una cantidad limitada —una cuota— de telas de Thule sólo porque quiere vender a Thule la correspondiente cuota de trigo, no es probable que acceda a la indicación de ceder parte de esa cuota a otros países. Si se aplica la presión o la violencia para forzar a Atlántida a que cambie sus reglamentos de importación de modo que puedan ser importadas más telas, recurrirá a otros

métodos intervencionistas. En un régimen de intervención gubernamental en la economía el gobierno dispone de innumerables medios para castigar la importación. Podrán ser de menos fácil manejo, pero pueden ser no menos eficaces que los aranceles, la contingentación o la absoluta prohibición de importar.

Un organismo internacional de planificación del comercio exterior sería, en las actuales circunstancias, una asamblea de delegados de gobiernos afectos a las ideas del superproteccionismo. Y es una ilusión suponer que una autoridad así estaría en condiciones de contribuir con algo sincero o duradero a la promoción del comercio exterior.

Algunos creen que, mientras que el libre cambio universal y la división mundial del trabajo son totalmente erróneos, los países vecinos deberían sin embargo establecer una cooperación económica más estrecha. Sus economías se complementarían, arguyen, si estuvieran dispuestos a formar bloques económicos regionales. Esta doctrina, formulada primeramente por el nacionalismo alemán, es falsa.

En general, los países vecinos ofrecen condiciones naturales de producción semejantes, especialmente en la agricultura. Es menos probable que sus sistemas económicos se complementen mutuamente que compitan en el mercado mundial. Una unión aduanera entre España y Portugal, o entre Bulgaria y Yugoslavia, o entre Alemania y Bélgica, significaría poca cosa. Los principales problemas del comercio exterior no son regionales. Las condiciones para exportar vino español no podrían mejorar mediante el libre cambio con Portugal, y viceversa. Lo mismo se puede decir de la producción de maquinaria en Alemania y en Bélgica o de la producción agrícola en Bulgaria y en Yugoslavia.

6. Planificación monetaria

El patrón oro era un patrón internacional. Garantizaba la estabilidad de los tipos de cambio. Era un corolario del libre cambio y de la división internacional del trabajo. Por esta razón quienes propugnaban el estatismo y el proteccionismo extremado lo denigraron y abogaron por su abolición. Su campaña tuvo éxito.

Ni siquiera en el momento álgido del liberalismo renunciaron los gobiernos a llevar a la práctica planes de dinero barato. La opinión pública no está dispuesta a comprender que el interés del dinero es un fenómeno de mercado que no puede ser abolido por el intervencionismo gubernamental. Todo el mundo aprecia más un pan disponible para el consumo de hoy que un pan con el que no se podrá contar en diez o en cien años, cosa que, mientras sea cierta, debe tenerla en cuenta toda la actividad económica.

En una economía de mercado el tipo de interés tiende a corresponder a la magnitud de esa diferencia entre la valoración de los bienes futuros y la de los presentes. Cierto que los gobiernos pueden reducir el tipo de interés a corto plazo. Pueden emitir cantidades adicionales de papel moneda, pueden abrir el camino a la expansión bancaria del crédito, y de esta manera crear una bonanza artificial y la apariencia de prosperidad. Pero una prosperidad de ese género está condenada a hundirse tarde o temprano y a traer la depresión.

El patrón oro ponía un freno a los planes gubernamentales de dinero barato. Era imposible favorecer la expansión del crédito y seguir teniendo la paridad oro fijada permanentemente por la ley. Los gobiernos tenían que elegir entre el patrón oro y su política —desastrosa a la larga— de expansión del crédito. El patrón oro no se hundió. Lo destruyeron los gobiernos. Era tan incompatible con el estatismo como el libre cambio. Los distintos gobiernos lo abandonaron porque deseaban hacer subir los precios internos y los salarios por encima del nivel del mercado mundial y porque querían estimular la exportación y poner trabas a la importación. La estabilidad de los cambios era a sus ojos un mal, no una bendición².

Si un gobierno quiere volver al patrón oro no se necesitan convenios internacionales ni ningún plan internacional. Todas las naciones, ricas o pobres, poderosas o débiles, pueden volver a adoptarlo en cualquier momento. La única condición que se requiere es el abandono de la política de dinero barato y de los esfuerzos para combatir la importación mediante la devaluación.

² Tal es la esencia de las doctrinas monetarias de Lord Keynes. Su escuela aboga apasionadamente por la inestabilidad de los tipos de cambio.

La cuestión que aquí se examina no es si un país debería volver a la determinada paridad oro que tuvo en un tiempo y que abandonó. Una política así significaría actualmente deflación. Pero todo gobierno tiene libertad para estabilizar la relación existente entre su unidad monetaria nacional y el oro y hacer que sea duradera. Si no sigue la expansión del crédito y no hay más inflación, el mecanismo del patrón oro volverá a funcionar.

Todos los gobiernos están, sin embargo, firmemente resueltos a no renunciar a la inflación ni a la expansión del crédito. Han vendido su alma al diablo del dinero barato. A toda administración pública le gusta hacer felices a los ciudadanos gastando dinero, pues la opinión pública atribuye a sus gobernantes la consiguiente prosperidad. El inevitable fracaso ocurrirá más tarde y recaerá sobre sus sucesores. Es la política típica del *après nous le déluge*. Lord Keynes, paladín de esa política, dice: «A la larga todos estaremos muertos.»³ Pero desgraciadamente todos vivimos el breve plazo y estamos destinados a vivir décadas pagando la orgía del dinero barato de unos cuantos años.

La inflación es esencialmente antidemocrática. Lo democrático es el control del presupuesto. El gobierno no tiene más que una fuente de ingresos: los impuestos. No hay tributación legal sin consentimiento del parlamento. Pero si el gobierno tiene otras fuentes de ingresos puede librarse de ese control.

Cuando la guerra llega a ser inevitable, un gobierno auténticamente democrático se ve obligado a decir al país la verdad. Ha de decirle: «Nos vemos obligados a luchar por nuestra independencia. Vosotros, los ciudadanos, debéis soportar la carga. Debéis pagar más impuestos y por lo tanto reducir el consumo.» Pero el partido gobernante que no quiere poner en peligro su popularidad mediante grandes impuestos recurre a la inflación.

Han pasado ya los tiempos en que la mayoría de quienes ejercían el poder entendían que la estabilidad del cambio era una ventaja. La devaluación de la moneda se ha convertido en un medio

³ Lord Keynes no acuñó esta frase para recomendar políticas a corto plazo, sino para criticar algunos métodos y afirmaciones inadecuadas de la teoría monetaria (Keynes, *Monetary Reform*, Nueva York 1924, p. 88). Sin embargo, es la frase que mejor caracteriza la política económica recomendada por Lord Keynes y su escuela.

regular de restringir la importación y de expropiar capitales extranjeros. Es uno de los métodos del nacionalismo económico. Pocas personas quieren hoy que el tipo de cambio de la moneda de su país sea estable. Su propio país está, al parecer, luchando contra las barreras comerciales de otros y la progresiva devaluación de sus sistemas monetarios. ¿Por qué se va a aventurar a demoler sus murallas comerciales?

Algunos de quienes abogan por una nueva moneda internacional entienden que el oro no sirve para ello precisamente porque contiene la expansión del crédito. Piensan en un papel moneda internacional emitido por una autoridad mundial o por un banco internacional de emisión. Las naciones individuales se verían obligadas a mantener la paridad entre sus monedas y la moneda mundial. Sólo la autoridad mundial tendría derecho a emitir cantidades adicionales o a autorizar la expansión del crédito por el banco mundial. De esa manera se lograría la estabilidad de los tipos de cambio entre los diversos sistemas monetarios locales y se conservaría la supuesta bendición de la inflación y de la expansión del crédito.

En todo caso estos planes dejan de tener en cuenta el punto clave. En todos los casos de inflación o de expansión del crédito hay dos grupos: el de los ganadores y el de los perdedores. Los perdedores son los acreedores, cuyas pérdidas constituyen las ganancias de los deudores. No es esto todo. Los resultados más fatales de la inflación se derivan de que la subida de precios y de salarios que ocasiona ocurren en diferentes momentos y en diferente medida para las diversas clases de artículos y de mano de obra. Unos precios y unos salarios suben más de prisa y a un nivel más alto que otros. Mientras la inflación está en camino algunas personas disfrutan del beneficio de precios más altos por los bienes y servicios que venden, mientras los precios de los bienes y servicios que compran no han subido todavía o no han subido tanto. Estas personas se lucran en virtud de su afortunada posición. La inflación es para ellas un buen negocio. Sus ganancias se derivan de las pérdidas de otros sectores de la población. Los perdedores son aquellos que se encuentran en la desdichada situación de vender los servicios y artículos cuyos precios no han subido todavía o tanto como los precios de las cosas que compran para su propio consumo. Dos de

los mayores filósofos del mundo, David Hume y John Stuart Mill, se tomaron el trabajo de trazar un bosquejo de los cambios inflacionarios en que la subida de los precios y de los salarios ocurre al mismo tiempo y en el mismo grado respecto a todos los artículos y servicios, pero fracasaron. La teoría monetaria moderna nos ha proporcionado la irrefutable demostración de que esta desproporción y falta de simultaneidad son características inevitables de todas las variaciones en la cantidad de dinero y de crédito⁴.

En un sistema de inflación mundial o de expansión mundial del crédito cada nación se preocupará de pertenecer al grupo de los ganadores y no al de los perdedores. Pedirá para el propio país todo lo que pueda de la cantidad adicional de papel moneda o de crédito. Y como ningún método podría eliminar las mencionadas desigualdades, y no se podría encontrar un justo principio de distribución, se originarían antagonismos para los cuales no habría solución satisfactoria. Las populosas naciones asiáticas propugnarían, por ejemplo, una asignación per cápita, procedimiento que daría por resultado un alza más rápida de los precios de las materias primas que producen que de los precios de los artículos manufacturados que compran. Las naciones ricas pedirían una distribución según la renta nacional, el volumen total de la cifra de negocios u otros criterios semejantes. No se puede esperar que se llegue a un acuerdo.

7. Planificación internacional de las transacciones de capital

Las propuestas más sorprendentes de planificación internacional se refieren a los préstamos y a las inversiones extranjeros y apuntan a una equitativa distribución del capital disponible.

Supongamos que unos capitalistas norteamericanos están dispuestos a prestar dinero al gobierno venezolano o a invertirlo en una mina en Chile. ¿Qué puede hacer un organismo internacional en este caso? Indudablemente carecerá de fuerza para obligar a los

⁴ Véase Mises, *Theory of Money and Credit* (Nueva York, 1934), pp. 137-145 [trad. esp.: *La teoría del dinero y del crédito* (Unión Editorial, 1997), y *Nationalökonomie* (Ginebra 1940), pp. 375-378.

capitalistas norteamericanos a prestar el dinero a China en vez de prestárselo a Venezuela, o a invertirlo en ferrocarriles persas en vez de invertirlo en una mina chilena.

Supongamos que el gobierno norteamericano quisiera, por diversas razones, subvencionar la construcción de carreteras en México. ¿Le ordenaría la autoridad internacional subvencionar a las fábricas de tejidos griegas en vez de subvencionar la construcción de carreteras mexicanas?

El nacionalismo económico ha desintegrado el mercado internacional de capital como ha desintegrado todos los demás sectores de la vida económica internacional. Como las inversiones y los préstamos se hacen por lucro y no por caridad, los capitalistas han perdido el incentivo a invertir dinero en el extranjero. Costará mucho trabajo y llevará mucho tiempo reconstruir el mercado internacional del dinero y del capital. La intervención de autoridades internacionales no favorecería mucho esos esfuerzos; sería más probable que los perjudicara.

Los sindicatos se mostrarán probablemente hostiles a la exportación de capital porque desean que suba todo lo posible la productividad marginal interna del trabajo. Muchos gobiernos han prohibido la exportación de capitales y no permiten que se hagan inversiones ni préstamos sin licencia especial. No es probable que la cosa cambie inmediatamente después de la guerra.

Los países más pobres han hecho todo lo posible para favorecer la desintegración del mercado internacional de capital. Y después de hacer todo el daño posible a los capitalistas y empresarios extranjeros, desean ahora recibir nuevo capital extranjero. Sin embargo, hoy no encuentran sino rechazo. Los capitalistas huyen de los deudores en quienes no tienen confianza y los trabajadores son contrarios a dejar que el capital se emplee en el exterior.